

1

Cuando salga de aquí nos casaremos en la hacienda de mi feliz infancia, al pie de la montaña. Te pondrás el vestido y el velo de mi madre, y no lo digo porque me haya puesto sentimental, no es por la morfina. Tuyos serán los encajes, la cristalería, la vajilla, las joyas y el nombre de mi familia. Darás órdenes a los criados, montarás el caballo de mi antigua mujer. Y si todavía no hay electricidad en la hacienda, haré traer un generador para que puedas ver la televisión. También habrá aire acondicionado en todas las piezas de la casa, porque hoy en día hace mucho calor en la cañada. No sé si siempre ha sido así, si mis antepasados sudaban bajo tanta ropa. Mi mujer sí, sudaba bastante, pero ya pertenecía a una nueva generación y no poseía la austeridad de mi madre. A mi mujer le gustaba el sol, siempre volvía arrebolada de las tardes en la playa de Copacabana. Pero nuestro chalet de Copacabana se vino abajo, y de todos modos no viviría contigo en la casa de otro matrimonio, nosotros viviremos en la hacienda al pie de la montaña. Nos ca-

saremos en la capilla que consagró el cardenal arzobispo de Río de Janeiro allá por mil ochocientos y pico. En la hacienda me cuidarás a mí y a nadie más, por lo que me repondré del todo. Y plantaremos árboles, y escribiremos libros, y si Dios quiere incluso criaremos hijos en las tierras de mi abuelo. Pero si no te gustara vivir al pie de la montaña por culpa de las ranas y los insectos, o la lejanía o cualquier otra cosa, podríamos vivir en Botafogo, en la mansión que construyó mi padre. Allí hay habitaciones inmensas, baños de mármol con bidets, varios salones con espejos venecianos, estatuas, columnas monumentales y tejas de pizarra importadas de Francia. Hay palmeras, aguacates y almendros en el jardín, que se convirtió en aparcamiento cuando la embajada de Dinamarca se mudó a Brasilia. Los daneses me compraron la mansión a precio de ganga por culpa de los chanchullos de mi yerno. Pero si mañana vendo la hacienda, que tiene doscientas hectáreas de campos de labranza y pastos surcados por un arroyo de agua potable, tal vez pueda recuperar la mansión de Botafogo y restaurar los muebles de caoba, mandar afinar el piano Pleyel de mi madre. Tendré chapuzas con las que mantenerme ocupado durante años, y si quisieras seguir ejerciendo tu profesión podrías ir al trabajo caminando, ya que en el barrio abundan los hospitales y consultas. De hecho, justo encima de nuestro terreno han levantado un centro médico de dieciocho pisos, lo que me hace recordar que la mansión ya no existe. Y tampoco la hacienda al pie de la montaña, creo que nos la expropiaron en 1947 por el trazado de la autopista. Estoy pensando

en voz alta para que me escuches. Y hablo despacio, como quien escribe, para que me transcribas sin necesidad de ser taquígrafa, ¿sigues ahí? Se ha terminado el cu-lebrón, las noticias, la película, no sé por qué dejan el televisor encendido cuando se acaba la programación. Quizá para que el zumbido disimule mi voz, para que no moleste a los demás pacientes con mi cháchara. Pero aquí sólo hay hombres adultos, casi todos medio sordos, si hubiese señoras mayores en la sala me mostraría más discreto. Por ejemplo, jamás hablaría de las putitas que se acuclillaban con frenesí cuando mi padre les arrojaba monedas de cinco francos en su suite del Ritz. Allí estaba él, muy convencido, y las *cocottes* en cueros y en postura de sapo, empeñadas en atrapar las monedas de la alfombra sin valerse de los dedos. A la vencedora la mandaba bajar conmigo a mi habitación, y de vuelta en Brasil le confirmaba a mi madre que iba perfeccionando el idioma. En casa, como en todas las buenas casas, delante del servicio los asuntos de familia se trataban en francés, aunque para mi madre hasta pedir el salero era un asunto de familia. Y además hablaba con metáforas, porque en aquellos tiempos cualquier enfermera de tres al cuarto tenía nociones elementales de francés. Pero ya veo que hoy no estás para charlas, has vuelto enfurruñada, vas a ponerme la inyección. El somnífero ya no me hace efecto inmediato, y sé que el camino del sueño es como un pasillo lleno de pensamientos. Oigo ruidos de gente, de vísceras, un tipo intubado emite sonidos rasposos, quizá intente decirme algo. El médico de guardia entrará apresurado, me tomará el

pulso, quizá me diga algo. Un cura vendrá a visitar a los enfermos, susurrará palabras en latín, pero no creo que se dirija a mí. Una sirena en la calle, un teléfono, pasos, siempre hay alguna expectativa que me impide conciliar el sueño. Es la mano que me sujeta por los pocos pelos que me quedan. Hasta que me tope con la puerta de un pensamiento hueco, que me engullirá y me arrastrará a las profundidades, donde acostumbro a soñar en blanco y negro.